

ra encontrarlo todo en Cristo, pudiendo repetir con el santo compañero y padre de Santa Clara: *Deus meus et omnia*. Este solo hecho, la existencia de este convento de hijas de Santa Clara, repito, que fuera bastante a demostrar la extraordinaria importancia de la santa que nos ocupa en el tiempo, en el espacio y en la trascendencia social, grandeza que ha sintetizado nuestra Santa Madre la Iglesia cantando de nuestra santa madre Clara estas preciosas alabanzas:

De los pobres excelsa primogénita,
Clara en las obras y en el nombre Clara,
Hasta Jesús en Clara se esclarece
Por el amor que a Clara purifica.
Ella es virgen que engendra miles hijas.
Que al conocer el alma de su madre
Con Cristo se desposan para siempre
Y por siempre el pecado desconocen.

«Santa Clara, por lo tanto, es en el cielo de la Iglesia un astro de primera magnitud, centro de una variadísima constelación de santas que la imitan y la admiran, y que obligan al mundo a imitarla y admirarla también.»

He aquí el asunto que ha de ocupar brevísimamente vuestra atención, pero tanto vosotros, mis amados hermanos, como yo, necesitamos luz para nuestras inteligencias y fuerzas para nuestra voluntad; ayudadme a implorar la una y la otra de la que es Madre de todas las gracias a la que saludaremos con el arcángel.

Ave María.

AMADOS HERMANOS:

Siete años contaba de edad Sta. Clara, cuando empezaba el siglo de los divinos fulgores, el siglo del triunfo de la Teología, el siglo XIII, el siglo, por lo que hace a nuestro caso, de S. Francisco y de Sta. Clara, justamente así llamado porque ellos destruyeron las densas tinieblas de los vicios de aquella época, que se arruinaba en sus ansias derrochadoras de riquezas mundanas, con el suave esplendor de la pobreza de Cristo practicada hasta el más sublime heroísmo por el seráfico Padre atrayendo a los hombres de aquel tiempo al más alto desprecio de los bienes de la tierra y prestando dirección y fuerza a santa Clara para que, con los fulgores de sus inusitadas virtudes, fuera el centro en torno de la cual giraran las señoras del mundo, desde las más ilustres reinas hasta las más humildes doncellas, que quisieran despreciar las pompas y vanidades que Satanás las inspira.

Primogénita de las pobres de Cristo, ella debía ser la pobre por excelencia, de tal modo que por sus obras y por su nombre, resplandeciera en ella singularmente la virtud gloriosa de la pobreza cristiana, y, para así corresponder a su nombre y a su espíritu de pobre, ella fué la primera que acercándose al nido de la pobreza franciscana, fiel trasunto de la pobreza del establo de Belén, y despreciando todas sus riquezas, por el nombre de Cristo, y pisando invicta todo ornato de la femenil hermosura y tonsurada, en fin, la rica cabellera, delante el altar del Señor, desposóse amante con el eterno Esposo, recibiendo San Francisco los perpétuos votos de su primera hija y madre de todas las enamoradas de la santa pobreza; quedando así convertida la que era en el mundo hija de Favorino Sciffo y de su esposa Hortulana, en hija primogénita de San Francisco, que, en el fecundísimo seno de la Religión, había sido la primera en desposarse con la santa Pobreza. A esto se debe que la que en el mundo había recibido el nombre de Clara, porque su madre tuvo revelación de que había de ser su hija esplendor del mundo por la perfecta santidad que le dejaría en herencia. y en especial a la casta generación de vírgenes que engendraría para gloria de la Iglesia de Cristo, ahora tomaba el nombre de «Señora Pobre», de donde vino a la familia de Santa Clara el nombre de «Religión de Señoras Pobres.» Y tan amante fué de la pobreza que ni las instancias de su gran devoto el Papa Gregorio IX, fueron parte a obligarla a poseer rentas; pues tanto le rogó la santa madre que al fin acce-